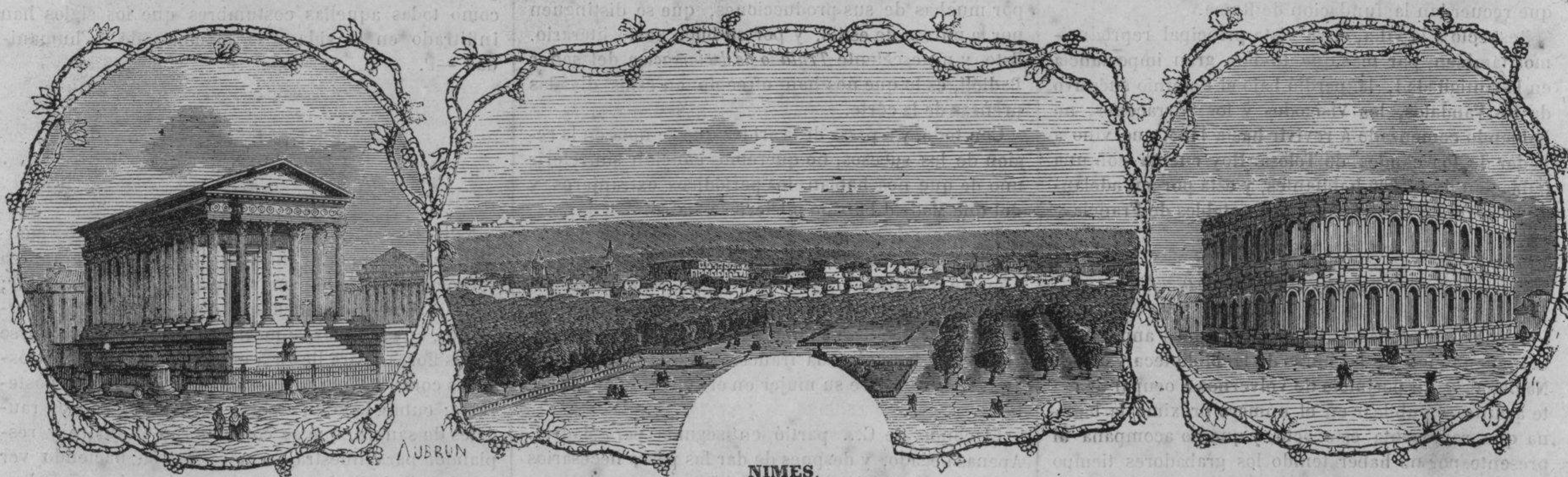


El Periódico ilustrado.



Año II.—Número 54.

DEL 29 DE ABRIL AL 6 DE MAYO DE 1866.

NIMES.



CALENDARIO DE LA SEMANA.

D. 29 S. Pedro de Verona.
 1 30 Sta. Catalina de Sena.
 m 1 S. Felipe y Santiago.
 m 2 S. Atanasio y S. Félix
 j 3 Invenzion de la Cruz.
 v 4 Sta. Mónica.
 s 5 S. Pio V.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

SUSCRICION: Un año. Seis meses. UN NÚMERO
 Madrid. . . . 24 rs. 12 rs. MADRID..... 4 cs.
 Provincias. . 28 » 14 » PROVINCIAS. 5 id.
 Ultramar. . . 80 » 50 »

SUMARIO.—Nimes.—Revista de la semana, por Palacio.—La Cruz de Mayo, por P.—Ejeméridas, por J. V. Hernández.—La batalla de Alcoraz, por J. T. y Benedicto.—Escenas de la vida militar en Méjico, por Belza.—Fin de los Fueros de Aragón, por J. Lasa y Cuseme.—Fantasia, por F. M. y Ruiz.—La reina de España, rodeada de su Estado mayor.—Aguas Buenas.—Cantares, por J. Salboch.—En un Album, por C. Cano.—La reina María Amelia.—La villa de Djeddah.
 LÁMINAS: Nimes.—La Cruz de Mayo.—La reina de España, rodeada de su Estado mayor.—Aguas Buenas.—La reina María Amelia.—La villa de Djeddah.

NIMES.

Se pretende por algunos que esta poblacion fué en lo antiguo un lugar sagrado, un bosque druidico, llamado Nemoz, pero su origen data realmente de los romanos. Su historia, sus monumentos, los objetos encontrados en numerosas escavaciones, así lo atestiguan.

De estos monumentos, los dos más notables son la Casa cuadrada que figura en el medallon de la izquierda de nuestro grabado de cabecera, y el Anfiteatro ó las Arenas que ocupa el de la derecha.

La Casa cuadrada es, segun unos, un templo dedicado á Márco Aurelio; y segun otros, un panteon elevado por Adriano en honor de Plotina, mujer de Trajano. Todos saben que Adriano debió á Plotina su for-

tuna, y la hizo rendir los honores debidos á una emperatriz.

Como todos los edificios antiguos, la Casa cuadrada ha sufrido grandes vicisitudes: iglesia unas veces, casa consular, propiedad particular, cuadra y almacén, no recobró su primitiva forma hasta 1820, en cuya época vinieron á tierra las construcciones parásitas que la ahogaban.



COSTUMBRES ESPAÑOLAS.—LA CRUZ DE MAYO.

En cuanto á las Arenas, construidas por Antonino, Trajano, Vespasiano y Domiciano, representan admirablemente los grandes monumentos de aquel tiempo. Su elevacion es de 22 metros, con dos órdenes de pórticos separados por soberbias pilastras. Se distingue todavía entre las esculturas, la loba y los gemelos que recuerdan la fundacion de Roma.

Respecto á la villa, cuya vista principal reproducimos tambien, por más que tuviera gran importancia en la antigüedad, la perdió bajo el dominio sucesivo de los Vándalos, los Visigodos y los Sarracenos, no habiendo comenzado á revivir hasta 1185, que vino á poder de los condes de Tolosa. Hoy cuenta con una poblacion de 57.000 habitantes, y está por sus adelantos al nivel de las ciudades más notables de Francia.

REVISTA DE LA SEMANA.

Verificóse el sábado 21 como habíamos anunciado, la inauguracion de las obras de la Biblioteca y Museo Nacional, y sin perjuicio de volvernos á ocupar de este asunto al publicar en el número próximo la lámina que representa este acto, y que no acompaña al presente por no haber tenido los grabadores tiempo de concluirlo, diremos que la ceremonia fué brillante y numerosísima la concurrencia que acudió á presentarla.

Tambien se verificó la corrida de becerros que varios aficionados habian dispuesto para el lunes, y que fué sobremanera entretenida, si bien un tanto peligrosa, por la buena calidad de los bichos. Mató el primero Perico Agüera, dando muestras de un valor que deseamos ver empleado en más provechosas lides; y el segundo no se sabe quién á punto fijo, pues lo ménos fueron cuatro á matarle.

Almorzóse en seguida de un modo que hace gran honor al dueño de la fonda de los Campos Elíseos, y la concurrencia que era poca, pero escogida, volvió á la plaza, donde concluyó á empujones, sombreros y todo género de ofensas con el tercer becerro, que afortunadamente no se parecía á los anteriores. Dos ó tres contusiones, algun que otro arañazo, y muchas levitas y pantalones rotos, fueron las señales ostensibles de esta lidia, que ha dejado en cuantos la presenciaron agradables recuerdos.

De muy distinta índole, pero que los ha dejado mejores aun, ha sido la reunion de la *Sociedad Hannemania matritense* y el discurso pronunciado en ella por el distinguido médico homeópata D. Ciriaco Tejedor, sobre el tema *De la regeneracion fisica y moral de la especie humana por el triunfo de la homeopatía*.

Nutrido de erudicion y de doctrina; lleno de luminosas apreciaciones y de severa y concienzuda crítica, el discurso del Sr. Tejedor bastaria para conquistarle un renombre científico, si no le tuviera ya adquirido en el curso de su carrera médica, con más el aprecio de cuantos le conocen.

Tambien la *Sociedad antropológica española* ha celebrado últimamente una de sus reuniones, continuando la discusion sobre el tema de *Las razas aborígenes de la Peninsula*, discusion iniciada y sostenida por el señor D. José María Santucho, con una elevacion y lucidez que acreditan su gran ilustracion en la materia, y que no son nuevas para nosotros, que recordamos sus excelentes trabajos y disertaciones de la Academia de Ciencias de Granada, á la que tuvimos como él la honra de pertenecer.

Ya comprenderán nuestros lectores, desde el momento en que nos ven lanzados al terreno de las noticias académicas y de los lances tauromáquicos, que nada ocurre en el mundo teatral ni artístico que merezca fijar la atencion. Sólo una comedia de Larra se ha estrenado en el Principe con el título de *En brazos de la muerte*, y no hemos tenido aun el gusto de verla, por más que sepamos por los periódicos que ha sido bastante bien recibida por el público.

En la Zarzuela alternan la compañía cómica de Arderius y las niñas Foucart con sus ejercicios en el trapecio y las argollas; de modo que puede decirse, parodiando un dicho vulgar, que hoy por hoy en este teatro *cada paso es un trapecio*. Veremos si esta situacion mejora con las dos obras nuevas y originales que se anuncian, una de ellas del Sr. Gutierrez de Alba, que no seria la primera vez que ha logrado cambiar los destinos de una empresa con un juguete de su intencionada y satirica pluma.

Respecto á los Campos Elíseos, hay quien asegura que todavía tardarán un par de semanas en abrirse,

tiempo que aprovechará el Teatro Real para seguir funcionando, y ver de completar á los abonados las representaciones que le faltan.

Un libro nuevo tenemos á la vista, del cual no podemos ménos de hacer mencion; son las poesias de nuestro amigo D. Rafael Serrano Alcazar, conocido ya por muchas de sus producciones, que se distinguen por la pureza de estilo, y por su buen gusto literario. Esto, y un excelente *Tratado de declamacion* del señor Badioli, es lo que nos han ofrecido en estos dias las prensas de la corte.

Con todo, y á pesar de la aridez que se nota en la region de los sucesos, no queremos concluir sin referir uno de que nos hablan los periódicos extranjeros y del que Madrid ha sido misterioso teatro.

Hará cosa de un mes se anunció en París la extraña desaparicion de la condesa de C... Despues de dos años de matrimonio, la jóven esposa abandonó súbitamente el domicilio conyugal, sin que el conde de C... tuviera de ella más noticia que un despacho telegráfico de la embajada francesa en esta corte, que le anunciaba hallarse su mujer en el convento de las Salesas.

El conde de C... partió en seguida para Madrid. Apenas llegado, y despues de dar los pasos necesarios para ello, se dirigió al convento. Pero una terrible catástrofe le aguardaba en él. Mad. C... habia muerto el dia antes, llevándose á la tumba el secreto de la fuga, que tan funesta debia serle. Mr. de C... ha vuelto á Francia con el cadáver de su esposa. Todo el mundo se pierde en un laberinto de conjeturas; el conde mismo no sabe á qué ocultos motivos debe atribuir este doloroso acontecimiento, tanto más inesplicable cuanto que nada habia turbado la paz del matrimonio.

Despues de esto, vaya Vd. á averiguar qué es la felicidad para las mujeres.

M. DEL PALACIO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

LA CRUZ DE MAYO.

Próximo el dia en que debe celebrarse esta fiesta popular, representada en el grabado original que ofrecemos á nuestros lectores, creemos conveniente darles algunos apuntes sobre el origen y significacion de esta ceremonia que, como todos saben, se remonta á los tiempos antiguos.

Consta por los autores que en Italia, y sobre todo en Roma, se reunian los jóvenes de ambos sexos en la mañana del 4.º de Mayo, y saliendo al amanecer de la ciudad, se dirigian bailando y cantando al campo á coger ramas verdes y flores, con cuyos dones adornaban, al volver, las puertas de sus parientes y queridas, y aun las de las autoridades que obtenian su aprecio. Las personas agraciadas de este modo, disponian en las calles mesas guarnecidas de toda clase de manjares, y para la mayor solemnidad, cesaban en este dia todos los trabajos, y solo se pensaba en la diversion y en el placer. Créese que esta costumbre fué tomada de los griegos, que aun hoy alfombran de flores las entradas de sus casas en semejante dia, y las adornan con guirnaldas.

Siguiendo esta tradicion, y dándole un carácter galante más en armonía con nuestras creencias, todavía en muchos pueblos de España se planta la vispera del 4.º de Mayo en la Plaza Mayor ó en otra á propósito, un tronco delgado lo mas alto posible, vestido de ramas, flores y frutos atados con cintas de varios colores, para cuya compra y gastos de la funcion, hay en muchas partes establecida una pequeña contribucion. Engalanado así el tronco, recibe el nombre de *El Mayo*, y á su pié se reúnen los mozos y mozas del pueblo á bailar alegremente al son de tamboriles y guitarras, terminando por lo regular la fiesta con alcanzar las frutas y flores *del Mayo* para obsequiar á las hermosas. Una cosa parecida solia hacerse tambien en Inglaterra, y aun en Francia antes de la república.

Andando los tiempos y establecida la solemnidad de la Exaltacion de la Cruz, los cristianos unieron á esta festividad la del culto de las flores, y de aquí nacieron esos floridos altares en que se adora ese precioso símbolo de la Redencion, y que se ostentan el dia 3 de Mayo, sobre todo en los barrios bajos de Madrid, rodeados por tiernas niñas y aun hermosas doncellas, que á manera de las pediguéñas de las antiguas Mayas, piden á los transeuntes para la *Cruz de Mayo*, valién-

dose al efecto de un lenguaje simbólico y lisonjero, que manejado con gracia no deja de dar resultados.

Las Cruces de Mayo han perdido casi toda su importancia desde que desaparecieron las esbeltas y traviesas manolas, encanto de Lavapies y las Vistillas, pero duran todavía y acaso durarán mucho tiempo, como todas aquellas costumbres que los siglos han infiltrado en la vida y la memoria de la humanidad.—P.

EFEMÉRIDES.

ABRIL.

Este mes, segundo del año entre los romanos, guarda orgulloso en sus entrañas hechos cuya grandeza conmemora el sol con su primaveral resplandor; guarda lisonjero la memoria de hombres como Cervantes, cuyas cunas se mecieron en el dulce agitarse de las flores, para llegar á engendrar frutos tan prósperos como los que cariñosamente conserva la posteridad; cubre bajo su espeso horizonte estensos raudales de sangre, que se convirtieron en lustre y resplandor para nuestra hermosa patria, haciendo ver á quien de hollarla tratase, que el suelo español es fértil, fecundo y suficiente para hacer alto á los puñales de sus enemigos.

El 2 de abril de 1808, salió para París engañado Fernando VII á celebrar una entrevista con Napoleon, á pesar de la dura oposicion que le hicieron personas autorizadas. Fernando se encontró en Bayona con su padre, el que anuló la renuncia hecha en su hijo volviéndola á hacer este en su padre, internándose acto continuo en Francia.

El 3 de abril de 1181, Aben Jacob, rey de los Almorhades, huyendo de la cruel persecucion de D. Alonso de Portugal y de su hijo el principe D. Sancho, murió ahogado al intentar vadear el Tajo, acontecimiento que llenó de alegría á la cristiandad.

El 4 de abril de 636 falleció en Sevilla su famoso arzobispo San Isidoro, uno de los varones más ilustres de su tiempo.

El 8 de abril de 1805, nació en Valladolid el principe D. Felipe Domingo Victor de la Cruz.

El 10 de abril de 1607 envió el rey D. Felipe III treinta mil hombres contra la república de Venecia y en favor del papa Pauló V. Esta expedicion fué mandada por el gobernador de Milan D. Enrique Enriquez, conde de Fuentes, y costó á España tres millones de reales.

La mediacion de la Francia hizo inútil esta intervencion, que sólo sirvió para reanudar las relaciones entre Roma y Venecia, y para que el papa, en público Consistorio, ofreciera al rey el testimonio de su gratitud.

El 12 de abril de 1701 se descubrió la famosa conjuracion de Nápoles á favor del archiduque Carlos, hijo del emperador de Austria, conjuracion fraguada para concluir con la dominacion española, asesinando al virey, y dando la corona al archiduque, enemigo mortal de Felipe V. Una casualidad hizo que el duque de Medinaceli descubriera la trama, y los conjurados, entre los cuales figuraban gran número de nobles, fueron vencidos despues de un reñido combate en las calles.

El 14 de abril de 1578, nació Felipe III, hijo de Felipe II, y de su cuarta mujer doña Ana de Austria, sucediendo despues á su padre en el trono en circunstancias poco favorables á los Estados españoles.

El 14 de abril de 1809, se concluyó en el Haya una tregua de doce años entre España y Holanda, y aunque no renunció á sus pretensiones ninguna de las potencias, sin embargo, quedó reconocida la independencia de las provincias unidas, y el libre tráfico en Asia y América.

El 15 de abril de 1627, apenas hubo espirado la tregua con la Holanda, se volvió á encender la guerra, ganándose una notable victoria á los holandeses; pero no obstante, la fortuna fué tan varia, que complicándose esta guerra con la general de Europa, terminó con el tratado de Munster, en que Felipe IV confirmó la independencia de las provincias unidas, y abandonó todas sus conquistas.

El 22 de abril de 1809, desembarcó el ejército inglés mandado por Wellesley en las orillas del Tajo: en este año fué derrotado en la Coruña por Soult, el general inglés Moore, pero el año 12 Wellington ganó la memorable batalla de Arapiles, cerca de Salamanca,

dando por resultado la evacuacion de Castilla la Vieja por los franceses.

El 25 de abril de 1707, se celebró la memorable batalla de Almansa, ganada por el duque de Berwick contra los imperiales, cuyas consecuencias fueron la reconquista de Valencia, Aragon y Lérida, recompensándose con ellas la pérdida de Nápoles.

J. VALLEJO HERNANDEZ.

LA BATALLA DE ALCORAZ.

Huesca destaca sus fantásticos botareles sobre la falda de la enorme sierra que parece coronarla con aureola de blanca nieve: ¿sabeis la historia de esa veneranda ciudad aragonesa? Respeto y admiracion han de inspiraros los recuerdos que, como perfume embriagador se desprenden de sus pardos murallones, de sus elegantes cimbras, de sus antiquísimos palacios. Vedla: la luz de la tarde extiende su manto de oro sobre las montañas azules y sobre las campiñas de esmeralda; á corta distancia de la ciudad, un enjambre de blancas tiendas de campaña señalan el sitio donde, como en acecho, esperan los cristianos la hora feliz de hacerse dueños de la cautiva poblacion. Sobre una parda eminencia se alza un pabellon cubierto de ricas telas y custodiado por reyes de armas; es la tienda real de Sancho Ramirez.

Ansioso el monarca de dar el pronto y decisivo asalto, aléjase con cuatro caballeros en direccion á los muros, y al llegar á un lugar encumbrado y descubierta, deteniéndose con alegría, «¡por allí!», exclama levantando el brazo y señalando hácia un cubo desmoronado y á propósito para el ataque; mas un grito de espanto resuena entre la pequeña comitiva; una saeta, con ojo certero disparada, se acababa de clavar bajo el brazo izquierdo del rey.

Sancho cayó en brazos de sus servidores, que aterrados le condujeron á su tienda de campaña: tendido en su lecho de muerte, contemplando desde él los muros y torreones de Huesca teñidos por la rojiza luz del sol poniente, Sancho hizo jurar por rey de Aragon á su primogénito D. Pedro. Una vez proclamado el nuevo monarca, entre los sollozos de la multitud, D. Sancho exigió de su hijo el juramento de no alzar el cerco hasta haber rendido la ciudad. —¡Lo juro, padre mio!—esclamó D. Pedro con arrogancia y amargura—¡juro vengar en la última piedra de Huesca vuestra muerte!

—Está bien, replicó el moribundo; ¡viva Pedro I!— ¡Viva!—repitió la multitud de caballeros que llenaba la tienda real.

—Ya puedo morir, murmuró entonces D. Sancho, y arrancándose con propia mano la flecha, de su mortal herida, contrajéronse sus músculos, se dibujó en sus labios una línea sanguinolenta y cayó sin vida entre los brazos de sus hijos.

El juramento de Pedro I habia de cumplirse: en vano los árabes intentaron romper aquel cerco de hierro que los ahogaba por instantes; continuos asaltos y terribles correrías tenían estrechados hasta tal punto á los moros de Huesca, que solo de un prodigio esperaban la salvacion. Sin perder la esperanza, quisieron probar el postrer esfuerzo, y al efecto pidieron ayuda á cuantos aliados les deparaba la suerte, alcanzando reunir un ejército auxiliar formidable. No sólo se aprestaron á socorrer á Huesca la numerosa hueste de árabes españoles; no sólo aparecieron en Tortosa un enjambre de africanos ávidos de botín, si no que tambien el mismo rey de Castilla, envidioso de la gloria del aragonés, envió un respetable ejército al mando del conde de Cabra, D. Garcia.

Las primeras tintas de la alborada anunciaban en el horizonte un tranquilo amanecer; la blanca luz de la aurora teñía de vago resplandor la campiña; al fondo se descubrian las torres y minaretes de Huesca, ceñidos por un cinturón de murallas y destacándose sobre la nebulosa sierra; a la derecha se extendía en torno á una eminencia el campamento cristiano.

El enemigo se aproxima; llanuras de Alcoraz preparaos á ser teatro de un combate sangriento y espantoso. Ved allí la agitacion del campo cristiano, los caballos galopan, recógense las tiendas, se tremolan los estandartes, suenan los clarines; ved las murallas coronadas de turbantes, el ejército auxiliar de Huesca debe hallarse próximo, los cristianos han tenido aviso y se aprestan á salir á su encuentro; los árabes sitiados pueblan con alborozo las almenas y fijan ansiosos su mirada en lo último de la llanura.

La hueste aragonesa se extiende por la campiña en silencio. ¿Veis aquel gallardo mancebo con sobrevesta roja y luciendo en el casco de batalla un airon de negras plumas? ¿Le veis cabalgar al frente de aquella vanguardia de caballeros? Es el infante D. Alfonso, el hijo segundo de Sancho Ramirez, el hermano de Pedro I, el que un dia ha de ser tambien rey de Aragon, conocido con el glorioso renombre del *Batallador*; mirad al noble D. Gaston de Biel que le acompaña, al esclarecido tronco de los Corneles; tras ellos, ¿no divisais aquel hidalgo de brillante armadura que acaudillando un escuadron de pajes y escuderos camina arrogante por la falda del monte? Es D. Gimén de Barba-tuerta, primogénito de los Corellas y cabeza del condado de Concentaina y Santisteban; el centro lo manda Pedro I; aquel gigantesco guerrero que marcha á su derecha con armadura negra y dorado almete es D. Ferriz de Lizana; el de azul escudo y blanco plumero que blande un lanzon con pendoncillo de brocado es D. Bacalla de Stres; aquel jóven hidalgo que monta una hacanea pia y viste plateadas mallas es D. Garcia de Atrosillo y Contamina; síguenle dos caballeros hermanos, ambos vestidos con dalmáticas blancas, armaduras brillantes y penachos rojos en sus cascos de barones, se apellidan D. Lope y D. Gomez de Luna. ¿Divisais por entre aquella tropa de soldados una hueste de trescientos montañeses, tostados, cubiertos de pieles, con formidables mazas al hombro y ondas colgadas del cinturón de cuero? son los hijos de las nieblas, hombres casi salvajes, que acaudillados por el insigne Fortun Maza de Lizana, han bajado del Pirineo á defender á su monarca y combatir por su independencia. La retaguardia de este ejército la manda D. Ladron Gimenez y D. Aznar de Atienza.

La hueste de aragoneses se detiene; una gritería espantosa resuena en las murallas de la ciudad; los enemigos tal vez se hallan próximos.

Es verdad; ved por entre aquella quebradura del monte aparecer como la línea negra y bullente de un colosal hormiguero. Son los auxiliares de Huesca.

Allí viene el rey moro de Zaragoza rodeado de valies y jeques, y mandando un ejército formidable; allí se ven en desordenadas haces una inmensa muchedumbre de moros africanos acaudillados por wacires; allí, por último, se divisan los cristianos con los pendones de Leon y Castilla.

Los aragoneses pugnan por lanzarse sobre el enemigo; el genio del esterminio bate sus alas; la lucha da principio. ¡Llanura de Alcoraz, rios de sangre corren por tus álveos de arena, alfombra de cadáveres cubre la falda de tus colinas!

Huye el moro de Zaragoza, huyen los castellanos; muerte y desolacion les persigue; la cuchilla de los aragoneses hiere sin piedad; grande era el número de los contrarios; grande es el número de los muertos.

¡Victoria por Aragon! El espíritu religioso anima á los vencedores; poética vision se cierne sobre el campo de batalla; milagroso guerrero en blanco caballo cabalgando, aparece entre los combatientes; su brillante armadura deslumbra; su espada hiere como el rayo, y fulgores prodigiosos exhala la roja cruz que ostenta en su pecho. Cabalga el gentil soldado; sobre la grupa de su corcel se vé otro caballero que con estupor se abraza á su guia. El misterioso paladin corre á lo más recio de la pelea; las espadas enemigas se rompen en su armadura; las flechas rebotan sobre su escudo. Cuando gira entre la multitud, ancha calle de despojos se abre ante su caballo.

De rodillas sobre el campo, da gracias el ejército aragonés por tan señalada victoria. En vano el rey Pedro I ordena buscar al valiente paladin; el guerrero ha desaparecido con su corcel; solo allí, rodeado de la multitud asombrada, se vé á su compañero que atónito pregunta por Saladino, nombra á Antioquia, habla de los cruzados.

Caballero catalan es aquel hombre, rama ilustre de los Moncadás: horas hacia, segun él, que se encontraba combatiendo en los campos de Palestina; secreto impulso lo arrebató en alas de los vientos, y á la grupa con el milagroso guerrero habíase visto trasladado de los arenales del Asia á las llanuras de Huesca. San Jorge era el paladin de Alcoraz. ¡Gloriosa jornada!

Cuatro cabezas de reyezuelos africanos pasaron á formar parte del insigne escudo del reino aragonés. Huesca se desciñó el turbante para adorar la cruz. La sultana de las sierras de nieve recibió en su recinto al ejército vencedor.

El juramento de Pedro I se hallaba cumplido; Ara-

gon comenzó á vislumbrar en el horizonte el porvenir de luz y grandeza que le esperaba en la historia.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

LAS SIETE NORIAS DE BAJAN.

UN VERDUGO EN LAS RUINAS.

(Continuacion.)

Antes de seguir al contrabandista dirigí una última ojeada á aquella horrible carnicería, y entonces pude explicarme todos aquellos ruidos extraños y siniestros, que una ó dos horas me habian preocupado tanto. Apoyado en el brazo de Albino llegué nuevamente á la hacienda, pero en vez de entrar por el patio principal, Albino me hizo dar vuelta al laberinto arruinado, y me introdujo por una ancha brecha en las espaciosas dependencias de aquella granja desierta.

Una puerta secreta nos condujo á un vestíbulo sobre el cual se abrian varias salas, en cada una de las cuales hubieran podido cómodamente alojarse lo ménos ochenta hombres. En un patio inmediato, y bajo estensos pórticos, hallaban abrigo los caballos de los soldados del contrabandista.

—Ya lo veis, me dijo éste sonriendo; el vice-rey Venegas no está mejor alojado que yo. Seguramente que nadie vendrá á incomodarme aquí. El soldado que ha hecho fuego sobre vos á faltado á su consigna, y en su consecuencia será castigado. No es á tiros como recibimos á los viajeros que buscan un refugio en esta hacienda, sino con todas las consideraciones posibles, con objeto de ponerlos despues á contribucion segun la importancia del personaje, pero siempre por medios ménos vulgares, ménos horribles y ménos peligrosos que el asesinato.

Aquí yo soy un jefe independiente; asalto y me apodero de los convoyes del enemigo, hago lo que me parece de mis presas, y no tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones.

Felicité sinceramente á mi amigo por su manera de obrar en tan difíciles circunstancias. Albino juzgaba perfectamente el estado de los negocios, y preveía lo que podia suceder; conocía las disposiciones de muchos de los insurgentes, dispuestos, tan pronto como se les presentase ocasion, á sacudir el yugo de Hidalgo, y profetizaba para éste una próxima catástrofe.

A pesar de sus reiteradas instancias, me resistí á formar parte de aquella tropa condenada, por efecto de las circunstancias, á vivir del pillaje. lo cual repugnaba á mi carácter y á mi educacion; además, yo profesaba hacia tiempo un cariño casi filial á dos de los capitanes de Hidalgo, á Abasolo y Allende, y no queria separarme de ellos. Albino no insistió, y viéndome resuelto á no abandonar á mis jefes, se contentó con ofrecermé por algunos dias la hospitalidad en su palacio, como él lo llamaba, la cual acepté con mucho gusto.

En este momento apareció en la sala donde nos hallábamos una mujer bella y jóven, con un niño en los brazos: esta mujer era la compañera de Albino. Llamada por su esposo venia á vendar mi herida, lo cual verificó con el mayor cuidado y esmero.

Cerca de un mes permanecí en las ruinas de la hacienda del Salto, y al cabo de este tiempo me hallé completamente restablecido. Los generales enemigos avanzaban á grandes jornadas sobre Guadalajara, y habia sonado la hora de ponerse nuevamente en campaña; fuí á reunirme inmediatamente á mi compañía, y tomé parte, al poco tiempo de mi llegada, en la batalla del puente de Calderon, en la cual las masas indisciplinadas de Hidalgo vinieron á estrellarse contra seis mil enemigos, que hicieron en ellas un destrozo horrible. Despues de esta derrota, fueron nuevamente las ruinas de la hacienda del Salto las que me ofrecieron un refugio. Los restos del ejército isurreccional se retiraron á Saltillo, porque á partir desde aquel dia, la permanencia en Guadalajara era imposible.

Los ochenta hombres de Albino se escalonaron en pequeños destacamentos en la distancia que media desde la hacienda á Saltillo, y esta circunstancia me proporcionó la ventaja de hallarme al corriente de los últimos sucesos de la guerra.

Allí supe que Hidalgo, Abasolo y Allende habian abdicado el poder, y se habian puesto en camino para

LA REINA DE ESPAÑA rodeada de su Estado mayor.

Es un pintor extranjero, con cuya amistad nos honramos, Mr. Porion, el que ha trasladado al lienzo esa multitud de fisonomías tan conocidas y aun populares algunas en España, que nuestros lectores habrán contemplado muchas veces, bien originales, bien reproducidas en el cuadro que ocupaba uno de los frentes del fumadero oriental del coliseo de la Opera. Además de las principales figuras, pueden señalarse fácilmente las de los generales Espartero, Narvaez, Prim, Serrano, los Conchas, el duque de Bailen, O'Donnell, y otros varios hasta un número considerable, aun sin contar los que pudieran añadirse desde que el señor Porion pintó su lienzo hasta el día de la fecha.

AGUAS BUENAS.

En medio de sitios los más agrestes del Pirineo, en



LA REINA DE ESPAÑA, RODEADA DE SU ESTADO MAYOR.

CANTARES.

¡Qué tres parejas, Dios mio, y en que dulce situación; el Iris besando el agua, dos tórtolas, y ella y yo!

Desde el día en que te fuiste yo de tus flores cuidé; las he regado con lágrimas de mis ojos, dulce bien.

El ángel de mis amores se bañó ayer en el río, trocáronse en mar las aguas, las saló mi bien querido.

En dos estrellas del cielo me fijo todas las noches,

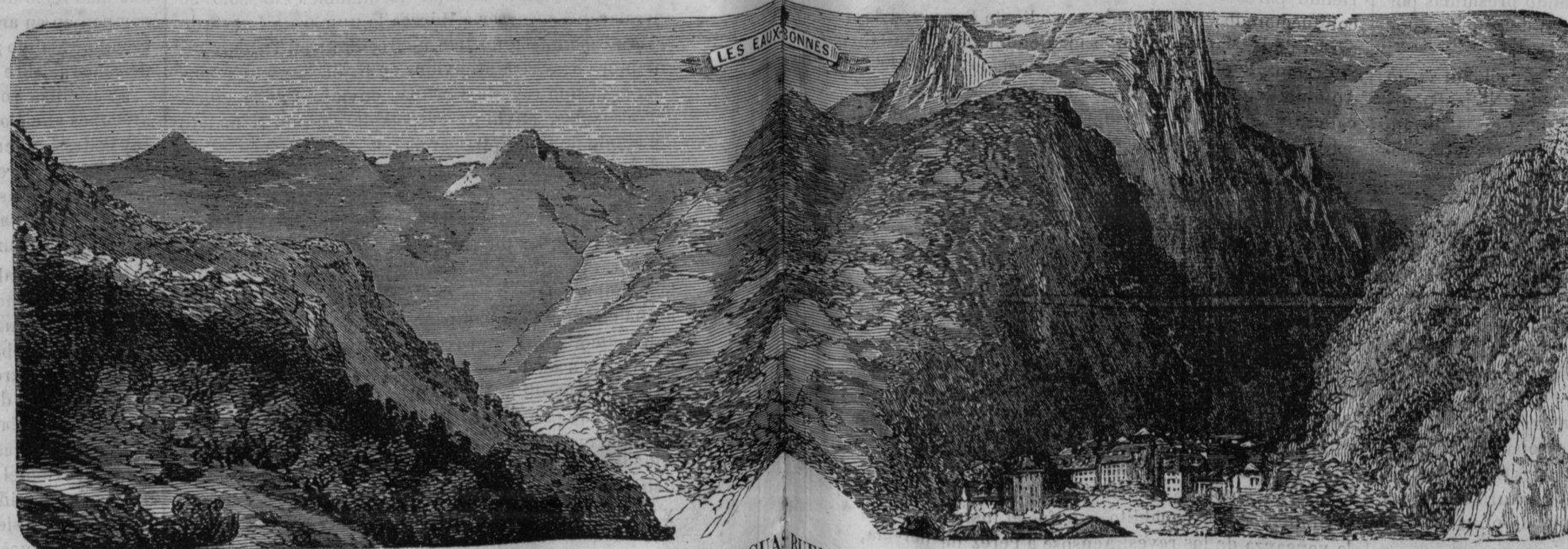
iguales eran los ojos del ángel de mis amores.

—¿Á dónde vas, pobre niña? —Buscando fortuna voy. —Tu espalda á mi espalda junta, corre al contrario que yo.

La fuente vierte sus aguas pero las vierte callando; así debiéramos todos hacer bien sin pregonarlo.

El ángel de mis amores lágrimas vertió en el mar; yo me lancé á recogerlas y hallé perlas... nada más.

JOAQUIN SALBOCH.



EN UN ALBUM.

Las esperanzas son, Lola, las flores del corazón.

Cual con sus galas las flores dan al jardín su esplendor, lo mismo las esperanzas dan consuelo al corazón. Las flores viven ocultas á los rigores del sol, dando su esencia amorosa al viento murmurador; mas si de huracan violento se escucha el áspero son,

pronto las flores parecen al soplo devastador.

Las esperanzas alientan el germen de la pasión, y el porvenir nos presentan lleno de dichas y amor; mas tambien las esperanzas mueren en el corazón, si de amargos desengaños sopla el cierzo destructor.

Y es que son las esperanzas las flores del corazón.

CARLOS CANO.

Monclova con objeto de trasladarse al territorio de los Estados-Unidos.

Entonces yo me decidí á continuar la campaña con los restos de mi compañía; me propuse á toda costa eternizar la guerra á despecho de la terrible jornada de Calderon, y en muy pocos dias nos reunimos con algunos guerrilleros y bravos partidarios, siendo sus jefes Albino y yo en un campamento situado á muy poca distancia de una casa de campo que pertenecía al gobernador de la provincia de Cohahuila. Fué durante estas últimas jornadas de una guerra prematuramente comenzada, cuando pasó un segundo episodio que no olvidaré en toda mi vida.

II.

DOBLE-VISTA.

La noche del mismo dia en que habia llegado á nuestra noticia la partida de nuestros jefes naturales para Monclova, nos hallábamnos bajo nuestras tiendas decididos á vender caras nuestras vidas, si el enemigo intentaba atacarnos.

Cómo todo el país se hallaba por nosotros, á escepcion de algunos puntos, donde los habitantes se hallaban contenidos por la presencia de nuestros enemigos, batíamos continuamente el campo sin gran riesgo, pero sin abandonarnos á una indiscreta confianza, ni economizar las precauciones para evitar una sorpresa.

Por la noche encendíamos fuegos de distancia en distancia, y ocultos centinelas acostados entre los matorrales, vigilaban los alrededores del campamento á un tiro de fusil de nuestras avanzadas. Hablábamos Albino y yo sentados frente á una de estas hogueras, lamentando la conducta de Higo, y deliberábamos sobre el partido que á nuestra vez deberíamos tomar, cuando uno de nuestros hombres vino á sentarse á nuestro lado. Era este un viejo mestizo, robusto y vigoroso, al parecer, á pesar de sus cabellos blancos, el cual, segun tuve ocasion de apreciar despues, reunia á la agilidad de un jóven de veinticinco años, la esperiencia de un viejo de sesenta. A este hombre se le designaba con el significativo apodo de *Doble-vista*, y parecia, en efecto, dotado de esta preciosa cualidad, pues ninguna huella podia escapársele en el suelo, ni pista alguna engañarle en el aire; aun más, los pensamientos, los secretos más ocultos adquirían cuerpo y verdad ante su milagrosa penetracion.

Un hecho, que creo oportuno referiros, habia afirmado sobre bases sólidas su reputacion de *veyente*, de la cual el viejo estaba naturalmente orgulloso.

Doble-vista era un intrépido cazador, y como podeis presumir, sus cazas eran casi siempre coronadas del mejor éxito. Antes de que hubiera venido á reunirse á nosotros, *Doble-vista* vivia siempre solo. Escepto algun viajero extraviado que venia de vez en cuando á pedirle hospitalidad para pasar la noche, nadie ponía el pié en su cabaña, que se hallaba en un desierto. ¿En qué se ocupaba durante el intervalo de sus cacerías? Esto es lo que jamás pudo saber nadie.

Un dia, mientras él estaba ausente, le robaron un cuarto de venado que habia dejado suspendido á la entrada de su cabaña. *Doble-vista* empezó á averiguar quién fuese el ladrón, lo cual era sumamente difícil en sitio tan apartado y solitario, donde jamás se veía alma viviente.

Despues de haber escrupulosamente observado el piso, se puso á seguir la pista como si se tratara de un conejo, de una perdiz ó de cualquier otra pieza de caza. Al cabo de algun tiempo encontró dos ginetes y les preguntó si no habian tropezado en su camino con un hombre ya de edad, blanco de piel, y de pequeña estatura, armado de una carabina corta y acompañado de un perro perdiguero sin cola. Habiendo sido afirmativa la contestacion de los ginetes, que efectivamente habian hallado al hombre designado tan exactamente, *Doble-vista* les refirió el robo de que habia sido víctima, añadiendo que si llegaba á tropezar con el ladrón lo castigaria severamente.

—Pero si no lo habeis sorprendido en el acto de cometer el robo, le argulló uno de los ginetes, ¿cómo podeis dar unas señas tan exactas y precisas?

—Escuchadme y me comprendereis, contestó el mestizo, y cuando me hallais oido os convencereis de que yo no puedo engañarme nunca. Sé que ese hombre es de corta estatura, porque colocó el cuarto de venado á una altura regular para ser descolgado por un hombre alto, el ladrón ha tenido que subirse sobre

una piedra que sirve de banco, donde ha dejado huellas de sus zapatos: he conocido que es blanco, porque he observado sobre esas mismas huellas, y sobre las hojas secas, que marcha con la inclinacion del pié hácia fuera, lo cual no sucede jamás á ningun indio; he conocido igualmente que es viejo, por sus pasos desiguales, y finalmente he adivinado que su carabina era corta, porque he encontrado sobre la corteza de un arbusto la señal del cañon, que lo habia apoyado en él sin duda en el momento de cometer el robo, para tener ambas manos libres. Las huellas de las patas de su perro me anuncian evidentemente que es un perdiguero, y el sitio donde ha estado sentado me demuestra claramente que el tal perro era rabon.

Despues de esta sencilla relacion el mestizo prosiguió su camino, dejando maravillados á los dos caballeros de su extraordinaria penetracion y sagacidad.

J. BELZA.

(Se continuará.)

FIN DE LOS FUEROS DE ARAGON.

Por el casamiento de Isabel I de Castilla con Fernando de Aragon, uniéronse las coronas de estos dos reinos, dando así una muestra de la unidad política que debia regir en la península ibérica. Juraron estos reyes acatar y defender los fueros del reino de Aragon, que era considerado como una fraccion independiente. A la muerte de Isabel I, despues de las turbulentas luchas ocasionadas entre los partidarios de Felipe de Austria y los de Fernando de Aragon, y despues tambien de la muerte del cardenal Jimenez de Cisneros, hombre profundamente político, tomó posesion del trono de Castilla, Leon y Aragon. Carlos I de España, y más tarde V de Alemania, juntamente con su madre doña Juana la Loca.

Carlos I, genio vasto, comprendió que su poder estribaba en hacerse amar de los españoles, á cuyo fin no varió ni hizo alteracion ninguna en el régimen legal de los mismos. Juró tambien amparar y sostener los fueros de Aragon y Cataluña, con lo cual ganó la estimacion de esos reinos, y poco despues, habiendo abdicado su corona, le sucedió Felipe II.

Felipe II es el verdadero tipo de la majestad; hombre como todos, no aparecia nunca como tal ante sus inferiores. Nunca su rostro expresó las tormentas de su corazon ni de su alma. Firmemente convencido de que el rey es el representante de Dios en la tierra, castigaba el más leve desacato á su autoridad de la manera más dura y fuerte.

No cuadraba mucho al carácter de Felipe II esa desmembracion, digámoslo así, de su autoridad real, desmembracion representada por los fueros de diferentes provincias; quiso acabar con todos, más fijó su mirada en el reino más débil, en Aragon. Al principio se contuvo y juró los fueros como sus antecesores, más solo esperaba un motivo, harto débil como veremos, para acabar con los privilegios de Aragon.

Consistian los fueros de Aragon en las Córtes, que votaban los impuestos, en una autoridad civil suprema, y en el fuero civil de la Manifestacion.

En cuanto á las Córtes, eran convocadas por la nobleza, el clero y el estado llano, siendo presididas por el rey ó infante de la real casa, y en defecto de estos el virey.

Las Córtes votaban los impuestos y decidian en lo tocante á negocios públicos del Estado. No podia disolverlas el rey á no ser que ellas iniciasen la disolucion, durando á lo más treinta y cinco dias, y no cuarenta, como dice equivocadamente un célebre novelista.

Despues de esta cabeza temporal, seguía una constante y fija. Esta autoridad, esta cabeza, era el Gran Justicia Mayor del reino. Las sentencias y edictos que este pronunciaba, no siendo contra los fueros, eran inapelables, escepto en las Córtes.

Ayudaban al Gran Justicia en el desempeño de sus funciones, cinco próceres del mismo reino llamados miceres.

Todas las autoridades que á las anteriores sucedian, debian ser desempeñadas por personas nacidas en Aragon, y solo se permitía á naturales de Cataluña y Valencia pretender empleos de esa naturaleza, en el caso de ser aprobados por unanimidad en un Consejo llamado de *Pactos*.

Todos los soldados castellanos eran considerados

como extranjeros, y los procuradores del rey estaban guardados por arcabuceros zaragozanos.

En cuanto al fuero de Manifestados, consistía este en apelar el sentenciado por tribunales ordinarios á la autoridad del Gran Justicia, en cuyo caso se le llevaba á la carcel del fuero de Manifestacion.

Ligeramente, pues, esplicados los fueros aragoneses, volvamos á reanudar el hilo de nuestra historia.

Los fueros de Aragon, largamente defendidos por reyes y magnates, debian caer, reconociendo por causa de su destruccion una mujer.

Hombre apasionado, aunque frio en el exterior, tenia Felipe II relaciones amorosas con la princesa de Eboli, esposa del príncipe D. Ruy Gomez de Silva. Mantenía esta en secreto relaciones con el secretario del rey Antonio Perez, hijo de Bartolomé Perez, secretario de Carlos I. Supo el rey esto, y acaciendo por entonces el asesinato de D. Juan de Escobedo, privado del hermano natural de Felipe II, don Juan de Austria, se culpó por instigacion de Felipe II, á Antonio Perez como autor de este crimen.

Mucho y mucho han hablado sobre este particular historiadores y novelistas; lo único que se sabe de fijo es, que habiendo manifestado en consejo privado Antonio Perez la conveniencia de alejar de la corte á Juan de Escobedo, pues era el representante de don Juan de Austria, Felipe II dijo estas palabras testuales: «*Perez lo hará segun convenga.*»

Mas dejando opiniones que á nada nos conducirían para nuestro objeto, diremos que con el pretexto de la muerte de Escobedo, mandó el rey formar proceso á Antonio Perez, encerrándole en su casa y más tarde en la cárcel de villa.

Evadido de allí Perez, y como natural de Aragon, pensó ampararse de sus fueros, á cuyo fin se dirigió á Calatayud.

Felipe II no se alteró; más algunas horas despues despachó un correo mandando á D. Manuel Zapata, caballero de Calatayud, cogiese vivo ó muerto á su secretario de Estado, Antonio Perez.

Estaban muy impresionados los aragoneses, para consentir de buenas á primeras que se les arrancase de las manos á Perez; así es que al reclamar Zapata la persona de Antonio Perez, que se habia refugiado en el convento de San Pedro Mártir, los aragoneses rechazaron sus amenazas y súplicas, pidiendo en altas voces, la conduccion de Antonio Perez á la cárcel de la Manifestacion en Zaragoza.

Efectivamente; instigado Perez por sus amigos, contestó á D. Manuel Zapata que no consentiria, más por su pueblo que por él, salir de su refugio, á no ser para juzgarle como habitante de Aragon, segun el fuero de los Manifestados.

Tal fué la respuesta que tuvo Felipe II á su orden. Esto era un ultraje á la majestad casi divina del rey, que devoró en silencio su rabia, apareciendo tranquilo, pero decidido á acabar con los fueros de Aragon.

Era á la sazón Justicia Mayor de Aragon Juan de Lanuza, descendiente de los Lanuzas, cuyo primer ascendiente fué condecorado con el título de Gran Justicia, por Alfonso V. Juan de Lanuza era un jóven débil, irresoluto, que no supo defender como veremos la libertad de su país.

Sin embargo, aunque con temor al rey, y no queriendo parecer como traidor á los fueros, ordenó la conduccion de Perez, bajo la custodia de Purroy, á la cárcel de la Manifestacion, sometiéndole al Tribunal Supremo. Por entonces fué sentenciado en Madrid Antonio Perez á ser descabezado y arrastrado por las calles, como asesino y traidor á su rey, por divulgar secretos del Estado. Y no contento con esto Felipe II, ordenó al marqués de Almenara que intentase juicio y proceso contra Perez, acusándole de asesinato en la personas de Rodrigo de Morgado y Pedro de las Heras, astrólogo y adivino.

Probó Antonio Perez la falsedad de esta demanda, presentando los certificantes de los médicos, que afirmaban haber muerto, los supuestos envenenados, de muerte natural.

Volvió el marqués de Almenara á querer formar proceso á Perez por la alteracion de ciertos despachos del rey, mas Antonio Perez presentó cartas que acreditaban haberle dado autorizacion Felipe II para ello.

No podia ser atacado Perez por medios tales, y recurrieron entonces al tribunal de la Inquisicion. — ¡Tribunal odioso y maldito, que fué el instrumento de la venganza de los reyes! Acusóse á Perez de herejía, y hasta se desmintió su linaje, probando en Madrid el

tribunal de la Inquisicion la heregia de Perez, por algunas palabras de este, pronunciadas al acaso en medio de sus atribulaciones.

Sentenciado en Madrid á la hoguera, fué reclamada su persona por Almenara, que logró seducir á Lanuza, pues este entregó á Antonio Perez en manos de los inquisidores. Estaba irremisiblemente perdido Perez si no lograba despertar los dormidos ánimos de los aragoneses. A este efecto los amigos de Perez hicieron correr con tal celeridad la noticia de su prision, que á poco rato despues de efectuada esta, no se veian más que moharras, picas y arcabuces sostenidos por las manos de los sublevados aragoneses, al mando del conde de Morata.

Los sublevados fueron á la cárcel de la Inquisicion, en donde el virey Javier Ximeno les entregó la persona de Antonio Perez, y con este en triunfo se dirigieron á casa del marqués de Almenara, al cual dejaron por muerto.

Entonces el furor de Felipe II no tuvo límites: mandó á Zaragoza al general Alonso de Vargas, que en batalla campal hizo preso á Juan de Lanuza, ejecutándole al dia siguiente. En cuanto á Perez, no pudo ser habido. Se habia escapado á Francia.

Con la muerte de Juan de Lanuza, último Justicia, concluyeron los fueros de Aragon, pues el pueblo aragonés, temeroso del poder de Felipe II, se habia enervado y no hacia caso de los gritos de ¡Contra-fueros y libertad!

J. LASA Y CUSSEME.

NOTA. EL PERIÓDICO ILUSTRADO cuenta desde hoy entre sus colaboradores al autor de este artículo, y al de las *Efemérides* que insertamos en otro lugar, jóvenes ambos que se consagran con entusiasmo y fé al cultivo de las bellas letras.

HOJAS DE UN LIBRO.

(Conclusion.)

El lector nos dispensará que cortemos esta conversacion y le dejemos que la continúe en su pensamiento á su antojo. Hay ciertos diálogos que no se pueden escribir por la vaguedad de su forma, que se escapa á la pluma del poeta, y por la confusion de incidentes que encierran diálogos que son más pronto desvarios de una imaginacion exaltada que se traducen por palabras incoherentes, y que no tienen sentido más que para aquellos que están poseidos del mismo vértigo, que conversaciones razonables y razonadas.

Dejémosles: su lenguaje es de esos que se escapan del alma del hombre, y tienden su vuelo hácia el trono de Dios.

XIV.

Dos dias despues de la escena que acabamos de referir, medió otra que vamos tambien á narrar brevemente. Para ello dirijamos nuestros pasos hácia la calle de... y entremos de puntillas en la habitacion de Dolores.

¿Qué ocurre allí?

Mirad: en una de las paredes de la sala hay un Crucifijo: encima de la consola dos jarros con dos ramos de flores, y en el centro de la estancia una mujer arrodillada.

Aquella mujer era Dolores.

Todos estos objetos los bañaba la luz del sol; pero aun habia algo más, y es lo que ocultaba la sombra Carlos de pie, absorto é inmóvil junto á la puerta, tenia sus ojos fijos en Dolores. Eran dos figuras que formaban un cuadro: la una circundada de luz, la otra envuelta en la penumbra: la una arrobada en un éxtasis divino; la otra abstraída en una contemplacion humana: aquella murmurando una plegaria, esta conteniendo un suspiro: Dolores, vivificada ante la imagen de Jesus; Carlos embebecido ante la actitud de Dolores. Además, el aroma de las flores, el resplandor del sol, y el silencio que reinaba en la sala, circundaban la atmósfera de un encanto religioso y solemne. ¿Qué faltaba más? nada: allí estaba representado el que redimió al hombre: allí estaba el hombre redimido: allí habia perfumes, y ambiente, y luz, y oraciones: allí, en fin, habia un alma enferma que recobraba la salud, y otra que fortalecia su fé ante aquel que enseñó á la humanidad con su doctrina y con su ejemplo el camino de la gloria.

Largo rato permanecieron así los dos jóvenes. Cuando Dolores se levantó y vió á Carlos, se arrojó en sus brazos y dió rienda suelta á sus lágrimas.

XV.

La tarde del dia 9 de Setiembre estaba espirando.

El sol moribundo lanzaba sus últimos rayos á la tierra y teñia el horizonte de carmin y grana. La luna, esa casta diosa de la noche, asomaba su faz por el cielo como queriendo despedir dignamente al que le prestaba su luz. En los dos extremos del espacio se veian dos discos, uno encendido y deslumbrador, y otro pálido y melancólico, que pugnaban por disputarse el dominio del firmamento. La noche venció al dia, y un manto azul oscuro esmaltado de estrellas cubrió al mundo.

Estamos á orillas del mar.

Cárlos y Dolores, sentados en dos piedras, sostienen una conversacion muda: es un diálogo de miradas, de suspiros y de sonrisas.

La playa estaba desierta: no habia más testigo que la naturaleza, no se oia otro ruido que el de las olas.

De pronto Dolores, saliendo de aquel arrobamiento platónico, le dijo á Cárlos:

—Cárlos, yo quisiera decirle á Vd. una palabra, y no me atrevo.

—¿Por qué?

—Porque he intentado pronunciarla cien veces, y he sentido que esa palabra quemaba mis labios. Sé tambien que es imposible soñarla; pero voy á decirla. No la conteste Vd., pero permítame que aquí, en donde no nos escucha el mundo y solo nos oye Dios, la deje escapar mi boca tal como lo siento: Cárlos, ¡yo te amo!

Esta declaracion dejó á Dolores aniquilada, y á Cárlos confundido. ¿Qué hacer? ¿Qué decir?

Aquella esplosion de sentimiento le abismó en un caos de dudas y de deseos. Todo era inmenso allí: el cielo, el mar, el amor de Dolores, su turbacion y su alegría. ¿Por qué negarlo?

El amor de una mujer, espresado de tal manera, á tal hora y en tal sitio, halaga todos los corazones y satisface la vanidad de todos los hombres.

¿Y qué hizo Cárlos?

Vedlo aquí.

XVI.

En el libro encontramos ahora dos cartas que dicen así:

«Valencia 10 de Setiembre.

«Dolores: Dentro de unos momentos salgo para Madrid: al escribirte por última vez, quiero hablarte el lenguaje franco de la verdad. Huyó de tí, porque los dos unidos no podemos ser felices. Olvidame y recuerda únicamente mis palabras: estas te darán la esperanza; yo solo puedo prometerte la desesperacion. Tú no puedes amar más que á Dios; yo aun tengo que cumplir sagrados deberes en la tierra. No dejes el camino que te he trazado y has emprendido: él te conduce á la eternidad y á la salvacion. Arroja de tu razon la escoria de tus amores, y lávalo, como la Magdalena, con raudales de llanto. Sé dichosa y acuérdate de mí como de un hermano.—CÁRLOS.»

«Valencia 13 de Setiembre.

Cárlos: Mañana salgo para América, pero antes de partir quiero darte el último adiós. He recibido la tuya, y la he leído muchas veces, y su lectura me ha sugerido el viaje que voy á emprender. Al dar este paso, he consultado primero con mis fuerzas y despues con la voluntad de Dios, ante el cual he orado postrada rodillas. Voy á partir, y lo abandono todo sin pensar ni sentimiento. Quiero renegar de mi pasado, y voy á buscar mi porvenir en las soledades vírgenes del Nuevo Mundo. Allí, olvidada de todos y olvidándolo todo para consagrarme exclusivamente á Dios, pasará los pocos años que me quedan de vida en la oracion. Si alguna vez balbucean mis labios tu nombre, será para bendecirlo; si alguna vez tu recuerdo se levanta en mi memoria, será para rogar al cielo por tí. No me odies por haber tenido la soberbia de quererte; tu amor ha purificado mi corazon. No estrañes que llegue á tus manos llena de borrones esta carta: mis lágrimas están cayendo sobre el papel. Al darte mi postrer adiós, mi mejor despedida y mi más preciada memoria es enviártelas, porque me has enseñado á derramarlas, y ellas representan el precio de mi salvacion. Adios, Cárlos; hasta que nos veamos allí.

DOLORS.»

CONCLUSION.

Pocos dias despues Cárlos se entregaba en los brazos de ese mar revuelto y agitado que se llama Madrid. Dolores divisaba las brumas de ese otro mar que se llama Océano; el uno iba á buscar en el oleaje del mundo un nombre; la otra iba á perder el suyo entre las ondas del mar que baña el otro hemisferio. Cárlos y Dolores se habian atraído mutuamente, y al acercarse,

se habian rechazado y habian huido el uno del otro. ¿Por qué?

Preguntádselo al corazon, á ese libro del cual hemos sacado algunas hojas, y él os lo dirá.

Yo no puedo decir más sino que de estas contradicciones está llena la historia del hombre, aunque, á decir verdad, tal vez estas contradicciones no son más que resultados lógicos de las cosas, consecuencias necesarias de ciertos hechos. De todos modos, conste que yo no pretendo averiguarlo.

CARMELO CALVO Y RODRIGUEZ.

FANTASÍA.

Á DELIA.

Envuelta en denso velo la humanidad dormia, poblaban las estrellas el vacío y del ave agorera el lento vuelo tan solo se sentia: melancólica noche del estío en que el alma doliente rompiendo sus cadenas á un mundo huye gozosa, donde siente alivio eterno á sus mortales penas. Errante, y entregado á plácidos recuerdos de un pasado de dicha venturosa, llegué hasta la ribera en que la mar dormia silenciosa. Aquella soledad, la augusta calma de los sepulcros recordar hiciera, más tú nombre escapábase del alma y tú nombre, bien mio llenaba para mí todo el vacío. ¡Más ay! que el llanto el corazon anega al recordar tú nombre solamente, que el dolor infinito es inclemente y mudo, y nunca hasta los ojos llega. ¿Dónde estás, ¡oh mujer! ángel divino, esencia de mi vida, si en el mágico libro del destino tú existencia á mi amor se encuentra unida, ¿por qué desapareciste? ¿Por qué en eterno duelo me sumiste? Y el eco tristemente repitiendo mis amantes dulcísimas querellas se iba por las montañas estinguendo. De repente perdieron las estrellas su tenue claridad, viva aureola de mágicos colores, avanzaba á la orilla en una ola de plantas mil, y de fragantes flores. Ciego de Esmirna, si mi acento llega al ignoto lugar en que reposas, comunica tu aliento soberano, á mi laud cristiano, con que la cuna de tu Venus griega, evocaste del férvido Océano. No tu diosa lasciva voy á pintar, deidad de otros altares rosa de Jericó, la siempre viva fé que en mi pecho cariñosa impera, fué la imagen que ví sobre los mares deslizandose sus piés en blanda alfombra de flores que tejió la primavera. Eras tú, te veia, y aun dudaba; juguete de terrible pesadilla, que de Satan la risa provocaba, llegueme á figurar con fé sencilla. Más oí una voz pura, dulce, cual de los ángeles el coro, que dijo destruyendo mi amargura, «soy tu esperanza, sí, no soy quimera, ya ha tiempo tambien lloro, espera un dia más, espera, espera...» Dijo, y sentí en la frente el débil soplo de embriagador beleño, y luego desperté... y aun palpitante siento sobre mi frente el casto beso de mi sombra amante, ¡cuán triste despertar, cuán dulce sueño!

F. MUÑOZ Y RUIZ.

Solucion del Geroglífico del número anterior.

El que solo come su gallo, solo ensilla su caballo.

Correspondencia de EL PERIÓDICO ILUSTRADO.

D. P. P. y C., de Sigüenza; recibidas las libranzas, remitidos los ejemplares que nos pide.—J. O., de Almaden; recibidas las libranzas y sellos, mandamos la coleccion; queda Vd. suscrito.—R. C., de Villanueva de la Serena; recibidas las libranzas de las cuatro renovaciones; conforme con su carta.—J. M. R., de Falset; recibidos los sellos, importe de las tres renovaciones.—A. M., de Jaen; recibido el importe de las tres renovaciones.—V. D. y P., de Noblejas; recibida la libranza y sello; queda Vd. suscrito.—A. B., de Almansa; queda Vd. suscrito; recibida la libranza y sellos.—J. F., de Cuevas; recibido el importe de las cuatro renovaciones.—R. V., de Pamplona; recibida la libranza y sellos, quedan Vds. suscritos.—B. R., de Vitoria; recibida la letra, conforme con su liquidacion.—M. L. C., de Puebla de Montalvan; renovada su suscripcion.—L. Z. y C., de Sevilla; hemos mandado las tres colecciones para los Sres. M. C. y E. del S.—R. G., de Haro; por el correo de ayer hemos mandado la coleccion.—R. S., de Ciudad-Real; damos á Vd. las gracias por su buen deseo.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal

LA REINA MARIA AMELIA.

La ex-reina de Francia María Amelia, muerta recientemente en Inglaterra, había nacido en Caserta, cerca de Nápoles, en 1782. Puede decirse que su noble existencia no ha sido más que una serie de dolorosas pruebas y de tristes sufrimientos, pero Dios que le había dado un alma tan bella como fuerte, no la había elevado hasta la altura de un trono más que para servir de ejemplo á todas las esposas y á todas las madres.

Desde sus más tiernos años, hizo el aprendizaje del destierro, cuando su familia abandonó á Nápoles en 1798; ya en el ocaso de su vida tuvo que volver á apurar los mismos infortunios, pero nada fué bastante para hacerle perder aquella dulzura, aquella indulgencia, aquella serenidad de que dió tan grandes muestras en sus adversidades.

Símbolo de la virtud y de la santidad del hogar doméstico, se ocupó siempre más en calmar los sufrimientos ajenos que en atender á los suyos propios, y su memoria será sagrada para su descendencia, que tiene en ella un gran modelo que imitar.

Sus restos mortales fueron trasladados el 3 de abril, desde el palacio de Claremont hasta el antiguo cementerio de Weybridge, donde reposarán al lado de los de Luis Felipe, su esposo.

El retrato de la virtuosa anciana que ofrecemos á nuestros lectores está sacado de una reciente fotografía de Frank y es notable por su exactitud y espresion.



LA REINA MARIA AMELIA.

LA VILLA DE DJEDDAH.

El nombre de esta villa, poco importante en lo antiguo, y que apenas cuenta 20,000 habitantes, suena dolorosamente desde 1858 en Europa, aterrada todavía con la mortandad que le recuerda. Djeddah es el puerto de la ciudad santa de la Meca, y en él desembarca la multitud de peregrinos que van anualmente á cumplir sus votos á Medina y la Meca, para volver por el Mar Rojo á todos los países que viven bajo la ley del Islam. Se sabe que á esta gran afluencia de peregrinos, y á los numerosos sacrificios de animales que suelen hacer, se debió el que el año pasado los miasmas coléricos, allí desarrollados, se extendiesen poco á poco por el Oriente y despues por Europa.

Recientemente se ha establecido en esta poblacion la Comision sanitaria encargada de estudiar sobre el terreno las causas del nacimiento y propagacion del cólera, y se espera que sus sabias medidas puedan, respetando las costumbres musulmanas, y sin poner trabas á las comunicaciones ni al comercio, conjurar una nueva invasion de aquella cruespidemia, y librarles á los pueblo de ese azote, que amenaza de lo contrario diezmarles de tiempo en tiempo.



LA VILLA DE DJEDDAH.